

2. *El capital* y el género*

AHORA QUE REVIVE EL INTERÉS por el marxismo y el feminismo y la concepción que tenía Marx sobre el «género» recibe una atención renovada, han surgido entre las feministas algunos puntos de consenso que a su vez están modulando mis propios planteamientos.¹ Para empezar, aunque la denuncia de la desigualdad de género y del control patriarcal en la familia y en la sociedad aparece pronto en la obra de Marx, estas obras señalan que «no tenía mucho que decir sobre el género y la familia» (Brown, 2012: 143) y si queremos reconstruir su postura en *El capital*, debemos hacerlo a partir de unas cuantas observaciones dispersas.

Esto no quiere decir que el trabajo de Marx no haya supuesto una importante contribución al desarrollo de la teoría feminista, si bien esta contribución no se basa principalmente en sus pronunciamientos directos sobre el asunto. El método que él propugnó, el materialismo

* Este texto fue publicado por primera vez en Ingo Schmidt y Carlo Fanelli (eds.), *Reading Capital Today. Marx after 150 Years*, Londres, Pluto Press, 2017.

¹ Entre estas muestras de interés renovado por la teoría de género en Marx se encuentran las recientes publicaciones de Heather A. Brown, *Marx on Gender and the Family* (2012), y de Shahrzad Mojabed, *Marxism and Feminism* (2015), publicada esta última con ocasión de la conferencia temática organizada por la Fundación Rosa Luxemburgo en Berlín ese mismo año.

histórico, ha permitido demostrar que las jerarquías de género e identidad son una construcción (Holmstrom, 2002: 360-376) y, además, sus análisis de la acumulación capitalista y la creación de valor han proporcionado poderosas herramientas a las feministas de mi generación a la hora de reconsiderar las formas específicas de explotación a las que están sometidas las mujeres en la sociedad capitalista y la relación entre «sexo, raza y clase». Sin embargo, el uso que las feministas han hecho de Marx, afortunadamente, las ha llevado a seguir un camino distinto al que él abrió.

Así pues, escribir sobre el género en *El capital* supone reconciliarse con dos Marx distintos y dos concepciones diferentes del género y la lucha de clases. En consecuencia, este texto está dividido en dos partes. En la primera, examino la visión de Marx sobre el género, según la articula en su análisis sobre el empleo de las mujeres como mano de obra industrial, incluido en el Libro I de *El capital*. También comento sus silencios, en especial en lo referido al trabajo doméstico, pues resultan elocuentes acerca de las preocupaciones que estructuraban su pensamiento cuando lo escribió. Mi argumento central es que Marx no teorizó sobre el género, en parte, porque la «emancipación de la mujer» tenía una importancia secundaria en su obra política; es más, naturalizó el trabajo doméstico y, al igual que todo el movimiento socialista europeo, idealizó el trabajo industrial como la forma normativa de producción social y como un potencial instrumento de nivelación de la desigualdad social. Así, él creía que las distinciones basadas en el género y la edad desaparecerían con el tiempo, y no consiguió ver la importancia estratégica que tiene la esfera de actividades y relaciones mediante las cuales se reproducen nuestras vidas y la fuerza de trabajo, tanto para el desarrollo del capitalismo como para la lucha contra él, empezando por la sexualidad, la procreación y, por encima de todo, el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres.

Estas «lagunas» en lo que respecta a la importancia del trabajo reproductivo de las mujeres han supuesto que, a pesar de su condena de las relaciones patriarcales, Marx nos haya dejado un análisis del capital y la clase realizado

desde un punto de vista masculino —el del «hombre que trabaja», el trabajador industrial asalariado en cuyo nombre se formó la Internacional, considerado el portador de una aspiración universal a la liberación de la humanidad—. También ha hecho posible que muchos marxistas traten el género (y la raza) como un asunto cultural, disociado de la clase. El movimiento feminista tuvo que empezar por la crítica de Marx.

Por eso, mientras esta parte se centra en cómo se trata el género en el texto fundamental de Marx, en la segunda reviso brevemente la reconstrucción de las categorías de Marx desarrollada por algunas feministas en la década de los años setenta, especialmente por el movimiento «Salario para el trabajo doméstico» [*Wages for Housework*], del que formé parte. Sostengo que las feministas de «Salario para el trabajo doméstico» encontramos en Marx los cimientos de una teoría feminista centrada en la lucha de las mujeres contra el trabajo doméstico no remunerado porque leímos su análisis del capitalismo desde el activismo, desde una experiencia personal directa, en busca de respuestas a nuestro rechazo de las relaciones domésticas. Así pudimos llevar la teoría de Marx a lugares que habían quedado invisibilizados en la propia obra de Marx. Al mismo tiempo, leer a Marx desde el activismo reveló las limitaciones de su marco teórico, demostrando que, aunque la perspectiva feminista anticapitalista no puede ignorar la obra de Marx, al menos mientras el capitalismo siga siendo el principal modo de producción (Gimenez, 2005: 11-12), tiene que superarla a pesar de todo.

Marx y el género en el taller industrial

Los límites de la teoría de Marx resultan más evidentes en el Libro I de *El capital*, pues es aquí donde por primera vez se ocupa de la cuestión del «género», no en relación con la subordinación de las mujeres dentro de la familia burguesa, sino en lo que respecta a las condiciones de trabajo de las mujeres en las fábricas durante la Revolución

Industrial. Esta era la «cuestión de la mujer» en esa época (Scott, 1988: 139-160) a ambos lados del Canal de la Mancha, cuando economistas, políticos y filántropos clamaban contra el empleo de mujeres en las fábricas porque provocaba la destrucción de la familia, otorgaba una nueva independencia a las mujeres y contribuía a las protestas de los trabajadores (de forma manifiesta en el auge de los sindicatos y el cartismo). Así que cuando Marx comenzó a escribir ya había reformas en marcha y pudo contar con la extensa literatura existente sobre el tema, compuesta ante todo por los informes de los inspectores de fábrica que el gobierno británico empleaba en la década de 1840 para garantizar que se estaban cumpliendo los límites impuestos en el número de horas que podían trabajar las mujeres y los niños.

En el Libro I se citan páginas enteras de dichos informes, especialmente en los capítulos «La jornada laboral» y «Maquinaria y gran industria», que sirven para ilustrar las tendencias estructurales de la producción capitalista (la tendencia a extender la jornada laboral hasta el límite de resistencia física de los trabajadores, a devaluar la fuerza de trabajo, a extraer el máximo de trabajo de la cantidad mínima de trabajadores) y para denunciar los horrores a los que se sometía a mujeres y niños durante cada etapa del desarrollo industrial.

Por estos informes sabemos de costureras que morían por el trabajo excesivo y la falta de aire y alimento (1990: 365 [ed. cast.: 306]), de mujeres jóvenes que trabajaban sin pausa para comer durante 14 horas al día o que se arrastraban medio desnudas por las minas para sacar el carbón a la superficie, de niños arrancados de sus camas en mitad de la noche a los que se «obliga a trabajar por su mera subsistencia», «sacrificados» por una máquina vampírica que consume sus vidas mientras «quede por explotar un músculo, un tendón, una gota de sangre» (1990: 365, 353, 416 [ed. cast.: 293, 353, 364]).

Hay que reconocer que pocos analistas políticos han descrito la brutalidad del trabajo capitalista de manera tan descarnada como Marx —a excepción de la esclavitud—. Resulta especialmente impresionante su denuncia de la

bárbara explotación del trabajo infantil, sin parangón en la literatura marxista. Pero, a pesar de su elocuencia, su relato es en general más descriptivo que analítico y destaca la ausencia de un análisis de los temas de género que plantea.

No nos cuenta, por ejemplo, cómo afectaba a la lucha de los trabajadores el empleo de mujeres y niños en las fábricas, qué debates generó en las organizaciones de trabajadores, o cómo afectó a las relaciones de las mujeres con los hombres. En lugar de eso, encontramos varios comentarios moralistas que vienen a decir que el trabajo en la fábrica degrada el «carácter moral» de las mujeres al favorecer un comportamiento «promiscuo», además de hacerles descuidar sus obligaciones maternas. Casi nunca representa a las mujeres como figuras capaces de luchar por sí mismas. Casi siempre aparecen como víctimas, aunque sus contemporáneos señalaran su independencia, su comportamiento guerrero y su capacidad para defender sus intereses frente a los propietarios de las fábricas (Secombe, 1993: 121).

En el relato de Marx sobre el género en el taller también falta el análisis de la crisis que supuso para la expansión de las relaciones capitalistas la cuasi extinción del trabajo doméstico en las comunidades proletarias, y el dilema al que se enfrentó el capital —tanto entonces como ahora— respecto a cuál es el lugar y el uso óptimo que hay que dar a la fuerza de trabajo femenina. Estos silencios resultan especialmente significativos, pues los capítulos que he mencionado son los únicos en los que se tratan los problemas de las relaciones de género.

El tema del género ocupa un lugar marginal en *El capital*. De las miles de páginas de este texto, recogido en tres volúmenes, solo en unas cien se encuentra alguna referencia a la familia, la sexualidad o el trabajo de las mujeres, a menudo como comentarios de pasada. Las referencias al género se echan en falta incluso donde más cabría esperarlas, como ocurre en el capítulo de la división social del trabajo o en el de los salarios. Solo al final del capítulo sobre maquinaria y gran industria encontramos pistas de la política de género que Marx defendía en su trabajo como

secretario de la I Internacional, cargo desde el que se opuso a los intentos de excluir a las mujeres del trabajo fabril (Brown, 2012: 115). Esta pista es coherente con la idea que defendió durante toda su vida de que el capitalismo —a pesar de toda su violencia y brutalidad— era un mal necesario e incluso una fuerza progresista, puesto que, al desarrollar las fuerzas productivas, el capitalismo crea las condiciones materiales de producción, «las únicas capaces de constituir la base real de una formación social superior cuyo principio fundamental sea el desarrollo pleno y libre de cada individuo» (1990: 739 [ed. cast.: 731]).

Aplicado al género, esto significaba que, al «liberar» la mano de obra de las restricciones de la especialización y de la necesidad de fuerza física, y al incorporar a mujeres y niños en la producción social, el desarrollo capitalista, en general, y la industrialización, en particular, facilitaban el paso a relaciones de género más igualitarias. Por un lado, liberaban a mujeres y niños de la dependencia personal y de la explotación parental de su trabajo —rasgos distintivos de la industria doméstica—, y por el otro, les permitían participar en la producción social en condiciones de igualdad con los hombres. Tal y como lo expresó Marx (1990: 620-621 [ed. cast.: 596]) al tratar el tema de la introducción de la educación elemental para los niños que trabajaban en las fábricas:

Por terrible y repugnante que parezca la disolución del viejo régimen familiar dentro del sistema capitalista, no deja de ser cierto que la gran industria, al asignar a las mujeres, los adolescentes y los niños de uno u otro sexo, fuera de la esfera doméstica, un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, crea el nuevo fundamento económico en que descansará una forma superior de la familia y de la relación entre ambos sexos.

Cómo sería esta familia, cómo conciliaría «producción y reproducción» no son asuntos que Marx investigue. Solo añade cautamente que «el hecho de que los grupos de trabajadores estén formados por individuos de uno y otro sexo y de las más diferentes edades, aunque en su forma

espontáneamente brutal, capitalista —en la que el obrero existe para el proceso de producción, y no el proceso de producción para el obrero— constituye una fuente pestífera de descomposición y esclavitud, bajo las condiciones adecuadas ha de trastocarse, a la inversa, en fuente de desarrollo humano» (Marx 1990: 621 [ed. cast.: 596]).

Aunque no la articula de manera explícita, no cabe duda de que la hipótesis de Marx de que el desplazamiento de la industria doméstica provocado por la gran industria produciría una sociedad más humana se basa en la idea (a la que vuelve en varias secciones de *El capital*) de que el trabajo industrial es algo más que un multiplicador de la fuerza de producción y una (presunta) garantía de abundancia social. Constituye el creador —potencial— de un modo distinto de asociación cooperativa y un modo diferente de ser humano, liberado de la dependencia personal y no «limitado» a un conjunto determinado de habilidades, por lo que es capaz de participar en una amplia variedad de actividades y de tener el tipo de comportamientos necesarios para una organización «racional» del proceso de trabajo.

En continuidad con su concepción del comunismo como el fin de la división del trabajo y con su visión de una sociedad en la que las personas pescarían y cazarían por la mañana y escribirían poemas por la noche, expuesta en *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1988), la idea de una sociedad industrial, cooperativa e igualitaria en la que las diferencias de género habrían perdido toda «importancia social» en la clase trabajadora —parafraseando un provocador pronunciamiento de *El manifiesto comunista* (Marx y Engels, 1967)— puede parecer tentadora y no es de extrañar que haya inspirado a generaciones de activistas sociales, incluidas las feministas.

Pero las limitaciones de esta perspectiva son importantes, como descubrieron las feministas en la década de los años setenta. Se pueden destacar cuatro, todas ellas con implicaciones más allá del género, relacionadas con la concepción marxiana de la industrialización y del desarrollo capitalista como fuerzas emancipadoras y como condiciones de la liberación humana. El elogio de la

industria moderna, tanto por liberar a las mujeres de las cadenas del trabajo doméstico y de la autoridad patriarcal como por hacer posible su participación en la producción social, significa que Marx considera que: i) hasta entonces, las mujeres nunca habían estado implicadas en la producción social, es decir, que no hay que considerar el trabajo reproductivo como un trabajo necesario para la sociedad; ii) lo que antes limitaba su participación en el trabajo era la falta de fuerza física; iii) el salto tecnológico es esencial para la igualdad de género; y lo más importante y que adelanta el argumento que los marxistas repetirán durante generaciones, iv) el trabajo fabril es la forma paradigmática de producción social, por lo que la fábrica, y no la comunidad, es el lugar en el que se produce la lucha anticapitalista. Habrá que cuestionar todos estos puntos.

Podemos descartar rápidamente el argumento de la «fuerza física» para explicar la discriminación basada en el género. Baste decir que la propia descripción que hace Marx de las condiciones de empleo industrial de mujeres y niños sirve como contraargumento, y los informes de fábricas que cita muestran claramente que no se empezó a emplear a las mujeres en la industria porque la automatización redujera su carga de trabajo (Marx 1990: 527 [ed. cast.: 491]), sino porque se les podía pagar menos y se les consideraba más dóciles y más dispuestas a dedicar todas sus energías al trabajo. También deberíamos descartar la idea de que las mujeres estuviesen atrapadas en el *putting out system*, el trabajo a domicilio, antes del advenimiento de la industrialización, puesto que la industria doméstica de la que se habían liberado solo daba empleo a una pequeña parte del proletariado femenino, y era en sí misma una innovación bastante reciente, resultado del colapso de los gremios artesanos (Henninger, 2014: 296-297). En realidad, antes y durante la Revolución Industrial, las mujeres se dedicaban a trabajos de todo tipo, desde la agricultura al comercio, pasando por el servicio doméstico y el trabajo doméstico. Así, la idea de que «la creciente industrialización del trabajo (productivo) de las mujeres, propiciada por el desarrollo del capitalismo, liberó y sigue liberando a las mujeres de los viejos reinos feudales

del trabajo doméstico y de la tutela masculina»² —idea a la que se adscriben Marx y otros socialistas—, carece de fundamento histórico, tal y como Bock y Duden (1980: 157) han demostrado.

En su concepción de la gran industria como nivelador de las distinciones sociales y biológicas, Marx también resta importancia al peso de las jerarquías sexuales heredadas y reconstruidas que hacen que las mujeres experimenten el trabajo fabril de manera específica, diferente a cómo lo experimentan los hombres. Sí que señala que los estereotipos de género siguen vivos en el trabajo industrial y que se recurre a ellos, por ejemplo, para justificar que el salario de las mujeres se mantenga por debajo del de los hombres; también apunta que las condiciones de trabajo «promiscuas» podrían implicar vulnerabilidad ante el abuso sexual, que a menudo daba como resultado embarazos a muy corta edad (Marx 1990: 852 [ed. cast.: 871]). Pero, como hemos visto anteriormente, Marx pensaba que estos abusos se superarían cuando los trabajadores asumieran el poder político y reorientaran los objetivos de la industria hacia su bienestar. Sin embargo, después de dos siglos de industrialización, es patente que, aunque el final del capitalismo no esté a la vista, allí donde se ha alcanzado o se ha estado cerca de la igualdad en el lugar de trabajo ha sido resultado de la lucha de las mujeres y no un regalo de la máquina.

Resulta más relevante aún que Marx identifique el trabajo industrial con la forma normativa de trabajo y con el lugar privilegiado de producción social, lo que no deja lugar a la consideración de las actividades domésticas de reproducción, que Marx solo menciona para señalar que el capital las destruye al apropiarse de todo el tiempo de las mujeres, como destacara Fortunati (1997).³ Aquí se produce un contraste interesante con la aproximación a la

² Traducción propia [N. de la T.]

³ Fortunati (1997: 169) añade que Marx veía el trabajo reproductivo de las mujeres «a través de la lectura de los informes gubernamentales, que ya detectaban el problema que suponía la disminución del trabajo doméstico [por el trabajo fabril]».

relación fábrica-hogar presente en la obra de Alfred Marshall, el padre de la economía neoclásica. La idea de Marx del trabajo industrial como un tipo de trabajo más racional recuerda a la «habilidad general» para el trabajo de Marshall, nuevas aptitudes que (en ese momento) poseían pocos trabajadores en el mundo: «No se corresponden con una ocupación dada, sino que se necesitan en todas»; sin ellas los trabajadores «no pueden efectuar ninguna clase de trabajo por largo tiempo»: «Tener en cuenta muchas cosas a un mismo tiempo [...] Acomodarse pronto a los cambios de detalle en el trabajo efectuado, el ser constante y seguro» (Marshall, 1938: 206-207).

Sin embargo, Marshall coincidía con otros reformistas contemporáneos en que la principal contribución a esta «habilidad general» provenía de la vida familiar y, especialmente, de la influencia de la madre (Marshall, 1938: 207), de modo que se oponía rotundamente a que las mujeres trabajasen fuera del hogar. Por el contrario, Marx no presta mucha atención al trabajo doméstico. No hay discusión sobre el tema en su análisis de la división social del trabajo; se limita a afirmar que la división del trabajo dentro de la familia tiene un fundamento fisiológico.⁴ Destaca aún más su silencio sobre el trabajo doméstico de las mujeres en el análisis sobre la reproducción de la fuerza de trabajo, desarrollado en el capítulo titulado «Reproducción simple».

El capítulo gira en torno a un tema crucial para entender el proceso de creación de valor en el capitalismo, a saber: la fuerza de trabajo, nuestra capacidad para trabajar, no nos viene dada. Se consume cada día en el proceso de trabajo, se tiene que (re)producir continuamente y esta (re)producción es tan esencial para la valorización del capital como «la limpieza de la maquinaria», pues es «la producción del medio de producción máspreciado para el capitalista: el trabajador en sí mismo» (Marx, 1990: 718 [ed. cast.: 704]).

⁴ «Dentro de una familia [...] surge una división natural del trabajo a partir de las diferencias de sexo y edad, o sea, sobre una *base* estrictamente *fisiológica*» (Marx, 1990: 471 [ed. cast.: 428]).

Dicho de otra forma, como él mismo señalaría en las notas que más tarde se publicaron bajo el título *Teorías sobre la plusvalía* (Marx, 1969), así como en *El capital*, Marx señala que la reproducción del trabajador es una parte y condición esencial de la acumulación de capital. Sin embargo, solo la concibe desde el aspecto del «consumo» y sitúa su realización exclusivamente dentro del circuito de producción de mercancías. Los trabajadores —imagina Marx— gastan el salario en comprar los productos que cubren sus necesidades vitales, y al consumirlos se reproducen a sí mismos. Literalmente, se trata de la producción de trabajadores asalariados mediante las mercancías producidas por los trabajadores asalariados. Así, «el *valor de la fuerza de trabajo* es el *valor de los medios de subsistencia* necesarios para la conservación del poseedor de aquella» y queda determinado por el tiempo de trabajo necesario para producir las mercancías que consumen los trabajadores (Marx, 1990: 274 [ed. cast.: 207]).

Marx no reconoce en ningún punto de *El capital* que la reproducción de la fuerza de trabajo implica el trabajo doméstico no retribuido de las mujeres —preparar la comida, lavar la ropa, criar a los hijos, hacer el amor—. Por el contrario, insiste en representar al trabajador asalariado como un ente que se autorreproduce. Incluso cuando considera las necesidades que el trabajador debe satisfacer, lo concibe como un comprador de mercancías autosuficiente, e incluye entre sus necesidades vitales la comida, el alojamiento y la ropa, pero curiosamente omite el sexo, ya sea obtenido en el sistema familiar o comprado, lo que sugiere que la vida del hombre proletario es intachable y que el trabajo industrial solo corrompe la moral de la mujeres (Marx, 1990: 275 [ed. cast.: 486]). De este modo se niega la condición de trabajadora de la prostituta y se la relega a ejemplo de la degradación de las mujeres, perteneciente al «sedimento más bajo de la población excedente», ese lumpemproletariado (Marx, 1990: 797 [ed. cast.: 802]) que describe como «escoria de todas las clases» en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Marx, 1968).

En algún pasaje, Marx casi rompe este silencio y admite implícitamente que lo que para el trabajador asalariado

puede parecer «consumo», desde el punto de vista de su homóloga femenina puede ser trabajo reproductivo. En una nota al pie de una reflexión sobre la determinación del valor de la fuerza de trabajo en «Maquinaria y gran industria», escribe: «Pero puede verse cómo el capital, con vistas a su autovalorización, ha usurpado el trabajo familiar necesario para el consumo», añadiendo que:

Como no es posible suprimir totalmente ciertas funciones de la familia, como por ejemplo las de cuidar a los niños, darles de mamar, etc., las madres de familia confiscadas por el capital tienen que contratar a quien las reemplace en mayor o menor medida. Es necesario sustituir por mercancías terminadas los trabajos que exige el consumo familiar, como coser, remendar, etc. El gasto menor de trabajo doméstico se ve acompañado por un mayor gasto de dinero. Crecen, por consiguiente, los costos de producción de la clase obrera y contrapesan el mayor ingreso. (1990: 518 [ed. cast.: 482])

Sin embargo, no se vuelve a mencionar este trabajo doméstico que «no es posible suprimir totalmente» y tiene que ser reemplazado por productos comprados, y tampoco nos resuelve la duda de si el coste de producción se incrementa solo para el obrero o si también se incrementa para el capitalista, suponemos que por mor de la lucha de los obreros por ganar mejores salarios.

Incluso cuando se refiere a la reproducción generacional de la mano de obra, Marx no menciona la contribución de las mujeres y descarta la posibilidad de que ellas puedan tomar decisiones autónomas en temas de procreación, a la que se refiere como «el incremento natural de la población». Señala que «el capitalista puede abandonar confiadamente el desempeño de esa tarea a los instintos de conservación y reproducción de los obreros» (Marx 1990: 718 [ed. cast.: 704]) —en contradicción con un comentario anterior, donde afirma que el hecho de que las trabajadoras fabriles desatiendan sus deberes maternos prácticamente es comparable al infanticidio—. También da a entender que el capitalismo no depende de

la capacidad procreadora de la mujer para autoexpandirse, puesto que sus revoluciones tecnológicas suponen una generación constante de «población excedente».

En un intento por entender la ceguera de Marx ante un trabajo tan ubicuo como el trabajo reproductivo, que debía desplegarse ante sus ojos cada día en su propia casa, en anteriores ensayos he insistido en la práctica ausencia de este trabajo en los hogares proletarios en la época en que Marx escribía, porque toda la familia trabajaba en las fábricas de sol a sol (Federici, 2012). El propio Marx sugiere esta conclusión cuando, citando a un doctor enviado por el gobierno británico para evaluar el estado de salud de los distritos industriales, señala que el cierre de las hilanderías de algodón causado por la Guerra de Secesión de Estados Unidos al menos tuvo un efecto beneficioso: «Las obreras disponían ahora de ratos libres para amamantar a sus pequeños, en vez de envenenarlos con *Godfrey's cordial* [un opiáceo]. Disponían de tiempo para aprender a cocinar. Este arte culinario, por desgracia, lo adquirían en momentos en que no tenían nada que comer. [...] La crisis, asimismo, fue aprovechada para enseñar a coser a las hijas de los obreros, en escuelas especiales» (Marx 1990: 517-518 [ed. cast.: 481]). Y concluye que «¡para que unas muchachas obreras que hilan para el mundo entero aprendiesen a coser, hubo necesidad de una revolución en Norteamérica y de una crisis mundial!».

Pero la abismal reducción de tiempo y recursos necesarios para la reproducción de los trabajadores que Marx documenta no es una condición universal. La cifra de obreras en las fábricas constituía solo el 20 % o el 30 % de la población trabajadora femenina. Y muchas de ellas dejaban de trabajar en la fábrica al hacerse madres. Además, como ya hemos visto, el conflicto entre el trabajo fabril y las «tareas reproductivas» de las mujeres era un tema central en la época de Marx, como demuestran los informes de fábricas que cita y las reformas que estos produjeron. Y ¿cómo pudo Marx no darse cuenta de que las iniciativas parlamentarias que pretendían reducir el número de mujeres y niños en las fábricas encubrían una nueva estrategia de clase que cambiaría el rumbo de la lucha de clases?

No cabe duda de que parte de la respuesta es que, como los economistas políticos clásicos, Marx no veía el trabajo doméstico como un tipo de trabajo históricamente determinado y con una historia social específica, sino como una fuerza natural y una vocación femenina, uno de los productos de esa gran «despensa» que la tierra (según él) constituye para nosotros. Al comentar, por ejemplo, que el agotamiento y la fatiga producen un «antinatural desapego» entre las obreras de las fábricas y sus hijos (Marx 1990: 521 [ed. cast.: 485]), apela a una imagen de la maternidad en sintonía con una concepción naturalizada de los roles de género. Posiblemente contribuyó a ello el hecho de que, en la primera fase del desarrollo del capitalismo, el trabajo reproductivo de las mujeres solo fuera (en su terminología) «formalmente subsumido» en la producción capitalista,⁵ es decir, aún no había sido moldeado para encajar en las necesidades específicas del mercado laboral. Sin embargo, un teórico tan potente y con semejante visión histórica como Marx debería haberse dado cuenta de que aunque el trabajo doméstico *pareciera* ser una actividad antigua, que responde exclusivamente a la satisfacción de las «necesidades naturales», en realidad es una forma de trabajo muy específica históricamente, producto de la separación de producción y reproducción, trabajo retribuido y no retribuido, que no había existido en las sociedades precapitalistas o, en general, en las sociedades que no están gobernadas por la ley del valor de cambio. Quien nos advirtió de la mistificación que produce la relación salarial, debería haber visto que, desde su concepción, el capitalismo ha subordinado las actividades reproductivas, en la forma de trabajo femenino no remunerado, a la producción de fuerza de trabajo y, por lo tanto, el trabajo no remunerado que los capitalistas extraen de los obreros es mucho mayor que el que extraen durante

⁵ Marx utiliza el concepto de «subsunción formal» (frente a «real») para describir el proceso por el que, en la primera fase de acumulación capitalista, el capital se apropia del trabajo «preexistente», «no se ha efectuado a priori una mudanza esencial en la forma y manera real del proceso de trabajo» (Marx, 1990: 1021 [ed. cast.: 55]). Por el contrario, la «subsunción real» se produce cuando el capital moldea el proceso de trabajo/producción directamente para sus propios fines.

la jornada remunerada, puesto que incluye el trabajo doméstico no retribuido realizado por las mujeres, incluso aunque se reduzca al mínimo.

¿Guarda Marx silencio sobre el trabajo doméstico porque, como se ha sugerido antes, «no veía fuerzas sociales capaces de transformar el trabajo doméstico en una dirección revolucionaria»? Una pregunta legítima «si leemos a Marx desde la política» (Cleaver, 2000), y tenemos en cuenta que en su teoría siempre tenía en cuenta sus implicaciones organizativas y su potencial (Negri, 1991: 182). Se abre la posibilidad de que Marx callase sobre el trabajo doméstico porque temiera que, al llamar la atención sobre él, favoreciese a las organizaciones obreras y los reformistas burgueses que glorificaban el trabajo doméstico para excluir a las mujeres del trabajo fabril.⁶ Pero en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, el trabajo doméstico y la familia ya llevaban décadas en el centro de un animado debate entre socialistas, anarquistas y un movimiento feminista en auge, y también se estaba experimentando con nuevos modelos de hogar y de trabajo doméstico (Scott, 1988; Hayden, 1985).

Debemos entonces concluir que las raíces del desinterés de Marx por el trabajo doméstico son más profundas y brotan tanto de su naturalización como de su devaluación, y, al compararlo con el trabajo industrial, lo hacen parecer una forma arcaica que pronto será superada por el progreso de la industrialización. Sea como sea, la consecuencia de la falta de teoría de Marx sobre el trabajo doméstico es que *su relato de la explotación capitalista y su concepción del comunismo ignoran la actividad que más se practica en este planeta y uno de los motivos fundamentales de la división de la clase obrera.*

Existe un paralelismo con el lugar de la «raza» en la obra de Marx. Si bien reconoce que «el trabajo cuya piel es blanca no puede emanciparse allí donde se estigmatiza el

⁶ Como documenta Wally Secombe (1993: 114-119), entre otros, incluso entre los sindicatos, las exigencias de mejores salarios para los trabajadores se demandaban con el argumento de que sus mujeres podrían volver al papel que les correspondía.

trabajo de piel negra» (Marx 1990: 414 [ed. cast.: 363]), en su análisis no deja mucho espacio al trabajo esclavo ni al uso del racismo para forzar y naturalizar una forma más intensa de explotación. Por tanto, su obra no pudo poner en duda la ilusión —dominante en el movimiento socialista— de que los intereses de los trabajadores hombres blancos asalariados representaban los intereses de toda la clase obrera —una mistificación que en el siglo XX llevó a los rebeldes anticoloniales a concluir que el marxismo era irrelevante para su lucha—.

Más cerca de casa, Marx no previó que las brutales formas de explotación que él describía de forma tan poderosa pronto serían cosa del pasado, al menos en buena parte de Europa, puesto que la clase capitalista, amenazada por la guerra de clases y la posible extinción de la mano de obra, emprendió un nuevo rumbo estratégico con la connivencia de algunas organizaciones obreras: invertir más en la reproducción de la fuerza de trabajo y en los salarios de los trabajadores masculinos, devolver a las mujeres al hogar para que dedicaran más tiempo al trabajo doméstico y, en el proceso, cambiar el rumbo de la lucha de clases.

Aunque era consciente del enorme desperdicio de vida que producía el sistema capitalista, y estaba convencido de que el movimiento de reforma de las fábricas no respondía a inclinaciones humanitarias, Marx no se dio cuenta de que lo que estaba en juego al aprobarse la «legislación protectora» era algo más que una reforma del trabajo fabril. Reducir las horas de trabajo de las mujeres era el camino hacia una nueva estrategia de clase que reasignaba a las mujeres proletarias al hogar para producir trabajadores, en lugar de mercancías físicas.

Con esta jugada, el capital podía disipar la amenaza de la insurgencia de la clase obrera y crear un nuevo tipo de trabajador: más fuerte, más disciplinado, más resiliente, más preparado para adoptar como propios los objetivos del sistema —en definitiva, el tipo de trabajador que vería las exigencias de la producción capitalista como «leyes naturales evidentes, por sí mismas» (Marx 1990: 899 [ed. cast.: 922])—. Este es el tipo de trabajador que permitió que el capitalismo británico y estadounidense de finales

de siglo realizara una transición tecnológica y social de la industria ligera a la pesada, del textil al acero, de la explotación basada en la extensión de la jornada laboral a una basada en la intensificación de la explotación. Es decir, la creación de la familia de clase trabajadora y del ama de casa proletaria a tiempo completo fueron parte y condición esencial de la transición del plusvalor absoluto al relativo. En el proceso, el propio trabajo doméstico vivió un proceso de «subsunción real», al ser por primera vez objeto de una iniciativa estatal específica que lo ligaba de forma más estrecha a las necesidades del mercado laboral y a la disciplina capitalista del trabajo.

De manera simultánea al apogeo de la expansión imperial británica (que produjo abundantes riquezas para el país, lo que estimuló las nóminas de los trabajadores), la pacificación de la mano de obra no se puede atribuir solamente a esta innovación. Pero constituyó un evento que inauguró una época, la estrategia que más tarde culminó en el fordismo y en el *New Deal*, bajo la que la clase capitalista invertiría en la reproducción de los trabajadores con el fin de adquirir una mano de obra más disciplinada y productiva. Este fue el «trato» que persistió hasta los años setenta, cuando el avance del movimiento feminista y la lucha de las mujeres a escala internacional le pusieron fin.

El feminismo, el marxismo y la «reproducción»

Aunque Marx inspirara a generaciones de socialistas con su propuesta de «emancipación de las mujeres» a través de la participación en la producción social, entendida principalmente como trabajo industrial, en los años setenta las feministas descubrieron un Marx distinto cuando, en plena revuelta contra el trabajo doméstico, la domesticidad y la dependencia económica de los hombres, buscaron en su obra una teoría capaz de explicar las raíces de la opresión de las mujeres desde el punto de vista de clase. El resultado fue una revolución teórica que transformó tanto al marxismo como al feminismo.

El análisis de Mariarosa Dalla Costa sobre el trabajo doméstico como elemento clave en la producción de fuerza de trabajo (Dalla Costa, 1975: 31); Selma James, cuando pone al ama de casa en un continuo con los «*no-asalariados del mundo*» (James, 1975) quienes, no obstante, han sido claves para el proceso de acumulación de capital; la redefinición por parte de otras activistas del movimiento de la relación salarial como instrumento para la naturalización de áreas completas de explotación y la creación de nuevas jerarquías dentro del proletariado: todos estos desarrollos teóricos y los debates que generaron han sido descritos en ocasiones como el «debate sobre el trabajo doméstico», supuestamente centrado en la cuestión de si el trabajo doméstico es o no productivo. Pero esta es una gran distorsión. Darse cuenta de que el trabajo femenino no remunerado que se realiza en el hogar es fundamental para la producción de la fuerza de trabajo no solo redefine el trabajo doméstico, sino la naturaleza del propio capitalismo y de la lucha en su contra.

No es ninguna sorpresa que la discusión de Marx sobre la «reproducción simple» alumbrara teóricamente este proceso, además de confirmar nuestras sospechas de que la clase capitalista nunca habría permitido la pervivencia de tanto trabajo doméstico si no hubiese visto la posibilidad de explotarlo. Que Marx estableciera que las actividades que reproducen la fuerza de trabajo son esenciales para la acumulación capitalista proporcionó la dimensión de clase a nuestro rechazo. Hizo evidente que este trabajo tan desdeñado, tan naturalizado, tan despreciado por los socialistas por su atraso, en realidad constituye el pilar fundamental de la organización capitalista del trabajo. Así se resolvía la espinosa cuestión de la relación entre género y clase, y así obteníamos las herramientas para conceptualizar no solo la función de la familia, sino también la profundidad del antagonismo de clase en los cimientos de la sociedad capitalista. Desde un punto de vista práctico, se confirmaba que las mujeres no tenían que seguir a los hombres a las fábricas para ser parte de la clase trabajadora y participar en la lucha anticapitalista. Podíamos luchar de manera autónoma, comenzando por nuestro propio trabajo en el hogar como «centro neurálgico» de la

producción de la fuerza de trabajo (Fortunati, 1997: 125). Y en primer lugar teníamos que luchar contra los hombres de nuestras familias, pues mediante el salario del hombre, el matrimonio y la ideología del amor, el capitalismo había dado al hombre el poder de mandar en nuestro trabajo no remunerado y de imponer disciplina en nuestro tiempo y espacio. Así que, irónicamente, nuestro encuentro con la teoría de la reproducción de la fuerza de trabajo de Marx y nuestra apropiación de ella, que consagraba la importancia de Marx para el feminismo, también nos proporcionó la prueba concluyente de que teníamos que darle la vuelta a Marx y emprender nuestro análisis y nuestra lucha precisamente desde esa parte de la «fábrica social» que él excluyó de su trabajo.

Al descubrir la centralidad del trabajo reproductivo para la acumulación capitalista, también surgió la pregunta de cómo sería la historia del desarrollo del capitalismo si en lugar de contarla desde el punto de vista del proletariado asalariado se contase desde las cocinas y dormitorios en los que, día a día y generación tras generación, se produce la fuerza de trabajo. La necesidad de contar la historia del capitalismo desde una perspectiva de género —más allá de la «historia de las mujeres» o de la historia del trabajo asalariado— fue la que me llevó, junto a otras estudiosas, a reconsiderar la noción de Marx de acumulación primitiva y a descubrir que la caza de brujas de los siglos XVI y XVII constituyó el momento fundacional de la devaluación del trabajo femenino y de la aparición de una división sexual del trabajo específica del capitalismo (Federici, 2004: 92-102). Al mismo tiempo, entender que la acumulación primitiva se ha convertido en un proceso permanente, al contrario de lo previsto por Marx, también pone en duda su concepción de que la relación entre capitalismo y comunismo es necesaria. Queda invalidada la visión de Marx de una historia por etapas, en la que el capitalismo representa el purgatorio que tenemos que habitar en la progresión hacia un mundo libre, y la industrialización tiene un papel liberador.

El surgimiento del ecofeminismo, que puso en relación el poco valor otorgado por Marx a la reproducción

y a las mujeres con su idea de que la misión histórica de la humanidad es dominar la naturaleza, vino a reforzar nuestra postura. La obra de Maria Mies y de Ariel Salleh es de especial importancia, pues demuestra que la omisión de las actividades reproductivas en la obra de Marx no es un elemento accidental, supeditado a las tareas que asignó a *El capital*, sino sistémico. Como explica Salleh, en Marx todo implica que aquello creado por el hombre y la tecnología tiene un valor superior: la historia comienza con el primer acto de producción, los seres humanos se realizan a través del trabajo, la medida de su autorrealización es su capacidad de dominar la naturaleza y adaptarla a las necesidades humanas, y todas las actividades transformadoras positivas se conciben en masculino: el trabajo se describe como el padre, la naturaleza como la madre (Salleh, 1997: 72-76) y también la tierra es considerada femenina —Marx la llama *Madame la Terre*, en contraposición a *Monsieur le Capital*—. Las ecofeministas han demostrado que existe una fuerte conexión entre el desdén hacia el trabajo doméstico, la devaluación de la naturaleza y la idealización de todo lo que produce la industria y la tecnología humana.

Este no es lugar para reflexionar sobre el origen de esta visión antropocéntrica. Baste decir que el enorme error de cálculo de Marx y de varias generaciones de socialistas marxistas en lo que respecta a los efectos liberadores de la industrialización resulta demasiado obvio a día de hoy. Nadie se atreve ya a desear —como hizo August Bebel en *Woman Under Socialism* [La mujer en el socialismo] (1903)— que la comida sea un compuesto químico y todo el mundo lleve encima cierta cantidad para cubrir sus necesidades alimenticias de proteínas, grasas e hidratos de carbono, sin importar el momento del día o la estación del año. Con la industria comiéndose la tierra y los científicos al servicio del capital jugando a producir vida fuera del cuerpo femenino, la perspectiva de extender la industrialización a todas las actividades reproductivas es una pesadilla peor que la que ya estamos viviendo con la industrialización de la agricultura.

No sorprende ver cómo en círculos radicales se está produciendo un «cambio de paradigma» conforme la esperanza puesta en la máquina como motor de «progreso histórico» va siendo reemplazada por una reorientación del trabajo político hacia los temas, valores y relaciones vinculadas a la reproducción de nuestras vidas y de la vida de los ecosistemas que habitamos. Se dice que, durante sus últimos años de vida, también Marx reconsideró su perspectiva histórica y, después de leer sobre las comunidades igualitarias matrilineales del noreste del continente americano, empezó a replantearse su idealización del desarrollo capitalista industrial y a apreciar el poder de las mujeres.⁷

Con todo, la visión prometeica del desarrollo tecnológico defendida por Marx y la tradición marxista al completo, lejos de perder su atractivo, está volviendo, y hay quienes consideran que la tecnología digital cumple el mismo papel emancipador que Marx asignó a la automatización, así que el mundo de la reproducción y los cuidados —valorado por las feministas como el terreno de la transformación y la lucha— vuelve a correr el riesgo de verse eclipsado por ella. Por eso, aunque Marx dedicara un espacio limitado a las teorías de género en su trabajo, y aunque pueda haber cambiado alguno de sus puntos de vista con los años, sigue siendo importante discutirlos y hacer hincapié (como al menos he intentado yo en este texto) en que sus omisiones sobre este asunto no son por descuido, sino la prueba de que hay un límite que su obra teórica y política no pudo superar; la nuestra debe poder hacerlo.

⁷ A este respecto, se pueden consultar los *Ethnological Notebooks* [ed. cast.: *Los apuntes etnológicos de Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1998], tal y como se plantea en Brown (2012: cap. 6 y 7).